

6 DE JULIO 6

Se acaban de cumplir seis años del 6 de julio de 1988. Se trata de un aniversario que, como sociedad, nos conviene recordar. Precedidas por los asesinatos de responsable electoral de la coalición cardenista, Xavier Ovando y de su ayudante hace seis años hubo en México dos dramáticas caídas: la del sistema de computo electoral y la del sistema político. Una terminaría por arrastrar a la otra, aunque de momento no resultara evidente.

La presidencia que en 1988 no pudo demostrar su derecho a presidir, habría de intentar construir ese viejo derecho desde el poder mismo, amparándose en el viejo lema maquiavélico del fin que justifica los medios. Por un tiempo pareció que el proyecto sería un éxito, pero al final no fue así. Hoy queda claro que es 6 de julio de hace seis años, el sistema político que surgió en 1929, había llegado a su límite. No a su final, simplemente al principio de su fin.

La crisis política del 88, no fue sólo producto de lo ocurrido entonces -el fraude electoral tras una elección competitiva-, sino básicamente el resultado de una evolución social, lenta pero irreversible. El origen de esta evolución se encuentra en el proceso mismo de modernización de la economía mexicana.

El sistema político que hoy está llegando a su fin, adquirió características centrales hace poco más de medio siglo. Esas características son , entre otras, estas: a) un

presidencialismo agudo, extremo, que impidió el funcionamiento de cualquier división de poderes, ya fuese funcional o territorial, b) un partido de Estado omnipresente, c) una oposición partidista más formal que real, y d) el predominio de una cultura cívica no democrática, clientelar, y que tendía a dejarse la gran política en manos de los "profesionales".

El entorno general de este sistema que alcanzó su madurez justo al iniciarse la segunda mitad de este siglo, ha ido cambiando. En contraste, una y otra vez el sistema político mismo se resistió al cambio, y los problemas de adaptación de los políticos, para ser exactos. En la actualidad el analfabetismo es de apenas el 12.6 por ciento; el 86.6 por ciento de los mexicanos en edad apropiada han tenido algún tipo de educación formal. En estas condiciones, su indefensión ante el poder gubernamental es menor.

Esa población más educada tiene mayor acceso a los medios de información y a las noticias sobre la "tercera ola democrática". En 1985 el 96 por ciento de los hogares tenía ya acceso al radio y 73 por ciento a la televisión. Pese a la innegable distorsión de noticias y a la baja circulación de los periódicos, hace un tiempo que se rompió el aislamiento cultural en que vivían la mayoría de los mexicanos en 1940.

A contrapelo del sistema, la participación política va en aumento. En la elección de 1988, votó la mitad de los empadronados. Y aunque en elecciones anteriores hay cifras de votación más altas, esas simplemente no son creíbles, pues

corresponden a procesos sin competencia... y sin vigilancia. En cualquier caso, una votación del 50 por ciento, aunque baja, resulta ser muy similar a la de países como Estados Unidos, que en 1992 fue de 54 por ciento.

No es necesario continuar con otros indicadores. El viejo esquema autoritario fue diseñado para otra sociedad y otras actitudes. Si aumentan participación y movilización, las formas de poder heredadas de ese pasado que ya no es, son disfuncionales y entran en crisis.

Veamos ahora a los partidos y al sistema electoral. La legitimidad revolucionaria nunca estuvo realmente ligada a las elecciones. El gran partido político que nació en 1929, surgió para ordenar el proceso de asignación de los puestos públicos dentro de la "familia revolucionaria", no para competir en las urnas con sus débiles adversarios, pues, entre otras cosas, no era de la urnas de donde brotaba el auténtico poder político. Este surgía de los sindicatos, de la organización campesina, de la burocracia, de las empresas paraestatales, del Ejército y la policía, etcétera.

El sistema de partidos en 1940 era simbólico. El gran enorme centro, lo ocupaba el PNR-PMR-PRI, que no era (ni es) un auténtico partido político, sino una organización cuasi gubernamental. En la margen izquierda había un partido revolucionario, el Partido Comunista Mexicano, poco interesado en los procesos electorales y sin las bases proletarias o campesinas para intentar el asalto al poder. A la derecha

estaba el PAN, que desde entonces y por muchos años funcionó más como grupo de presión que como partido. A partir de 1988 esta situación cambió y de manera extraordinaria. Hoy, sumadas sus fuerzas, y siempre según las encuestas, el PAN y el PRD cuentan ya con una voluntad de voto superior a la del PRI. La oposición electoral dejó de ser simbólica.

Tras la desaparición de la URRS a fines de los ochenta, el entorno internacional exige hacer de las elecciones el punto de partida del derecho a gobernar. Lo mismo sucede en el ámbito interno. Pero en estas condiciones se manifiesta otro límite del sistema: la credibilidad. Sesenta y cinco años de elecciones sin un verdadero sistema de partidos, han creado una opinión pública desconfiada y descreída. De acuerdo a la última estadística de Alianza Cívica para la Observación Electoral, una alta proporción, el 47 por ciento de los encuestados, no confía en la limpieza de las elecciones presidenciales por venir (*Reforma*, 29 de julio, 1994).

En resumen, un sistema de partidos que tiene al PRI como centro, ya no resulta funcional para las necesidades de un México que busca ser visto, tanto en el exterior como en el interior, como un sistema moderno y cuyo proyecto económico requiere, como pocas veces, de estabilidad. El surgimiento en 1994 del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZNL) y de otras fuerzas que cuestionan o de plano rechazan la acción política por la vía electoral, han abierto la desagradable

posibilidad de reintroducir la política por otros medios, por los violentos.

Finalmente está el presidencialismo. Para 1940 el eje de la organización política había dejado de ser el persidente-caudillo-Juárez, Díaz, Carranza u Obregón- y en su lugar estaba la presidencia, la institución. Fue en ese gran avance en la modernización política. Desgraciadamente, la tradición y las circunstancias históricas -el atraso en términos internacionales- llevaron a que la concentración del poder en la presidencia fuera visto como algo natural. Sólo la concentración permitiría recuperar el tiempo perdido y concentrar las energías del país en su modernización económica. Como en el porfiriato, de un defecto se hizo una virtud.

Por un tiempo, esta concentración que anuló toda división de poder e hizo imposible la democracia, pareció funcionar muy bien. México fue el sistema más estable de América Latina y entre 1940 y 1976, tuvo un crecimiento económico envidiable. Sin embargo, cuando el proceso económico empezó a fallar, la presidencia, principal responsable de todos los procesos macro, empezó a perder rápidamente prestigio, credibilidad y legitimidad.

La crisis económica de 1982 fue una catástrofe política para la presidencia, y los resultados dudosos de las elecciones de 1988 no contribuyeron en nada a mejorar la situación. Carlos Salinas, en un esfuerzo audaz para recuperar y recomponer el poder presidencial, decidió asumir directamente el control de

todos los procesos claves. Como lo muestra bien Rogelio Hernández ("Inestabilidad y presidencialismo en México", *Estudios Mexicanos*, invierno de 1994), la recuperación de poder y el control por parte del presidente, requirió debilitar a algunos de los instrumentos auxiliares de la presidencia: al gabinete (casi un centenar de cambios), a los gobernadores (17 cambios), a las grandes organizaciones corporativas (en particular a los sindicatos y a la CNC), al partido de Estado (el Pronasol, y ya no al PRI, fue la gran gestoría de los intereses populares).

Cuando la rebelión armada de Chiapas y el asesinato del candidato presidencial del PRI, pusieron un abrupto fin al proceso de reconstrucción del presidencialismo autoritario, se hizo evidente que el debilitamiento de la red de instituciones auxiliares de la presidencia-gobernadores fuertes, secretarios fuertes, sindicatos fuertes, etc.- había dejado al presidente en una situación en extremo vulnerable.

En conclusión, entre 1988 y 1994, la presidencia autoritaria llegó a su límite. Se puede reconstruir, pero el costo sería enorme. Lo viable política y moralmente es construir otra, una democrática.